

# Bécquer y San Juan de los Reyes

*Muy probablemente, San Juan de los Reyes sería hoy un montón de ruinas de no haber mediado la voz del gran poeta Gustavo Adolfo Bécquer, que fue el primero en llamar la atención sobre este singular convento*

**PEDRO NAVASCUÉS PALACIO**

Catedrático de Historia del Arte  
Escuela de Arquitectura, Madrid

Uno de los conjuntos más singulares de la arquitectura española es, sin duda, el convento franciscano de San Juan de los Reyes de Toledo, y lo es por varias razones al mismo tiempo. Una muy principal, a mi juicio, radica en que este monumento toledano es uno de los poquísimos conventos franciscanos observantes de la Edad Media que ha llegado hasta nosotros con una

cierta entidad pues, a raíz de la exclaustación (1835) pero también después, la arquitectura franciscana ha tenido muy mala suerte en general y ha ido desapareciendo, pese al favor y fervor que conoció en otro tiempo la orden de san Francisco, y muy especialmente de la nobleza, que hizo de sus iglesias los lugares preferidos para su enterramiento.

¿Qué queda del gran convento barcelonés de San Francisco, de su iglesia y de sus tres imponentes claustros? Tan sólo unos excelentes capiteles que hacen aún más dolorosa su necia destrucción, amén de la litografía de Parcerisa donde se aprecia la singular belleza de uno de los claustros que, al menos entonces (1839), servía de indolente acuartelamiento.

¿Qué decir del convento franciscano de Salamanca? Hoy tenemos que buscar los restos de sus ruinosos ábsides dentro del moderno convento de los Capuchinos, mientras que elementos



Proyecto de Restauración del Claustro de San Juan de los Reyes, por Mérida. A la derecha, detalle de una página de dicho proyecto.



de su precioso claustro se trasladaron al Hospital General, luego de Siervas de San José. ¿Y Sevilla? Lo incendiaron, sí, los franceses en 1810, pero se derribó en 1841. Su historia estaba enterañada con la de Sevilla desde los años de la conquista de la ciudad por Fernando III y su amplitud debió de ser excepcional pues, según refiere González de León en los días de su definitiva destrucción, contaba con seis patios grandes, siendo veinticuatro las fuentes de agua que brotaban en su interior, mientras que el refectorio podía dar cabida a trescientos cincuenta asientos.

Hoy, sólo el nombre de la plaza ante el Ayuntamiento hispalense recuerda a los iniciados que allí se levantó una de las fundaciones franciscanas más importantes de la Península. ¿Recordamos la voladura con dinamita del convento de San Francisco de Vitoria, en 1930? ¿Lloramos con el ultraje, venta y dispersión del convento de San Fran-

cisco de Cuéllar, bien estudiado por Juan A. Hernández Montero? ¿Y los conventos de Burgos, Oviedo, Valladolid..., cada cual con una historia más triste que la del otro?

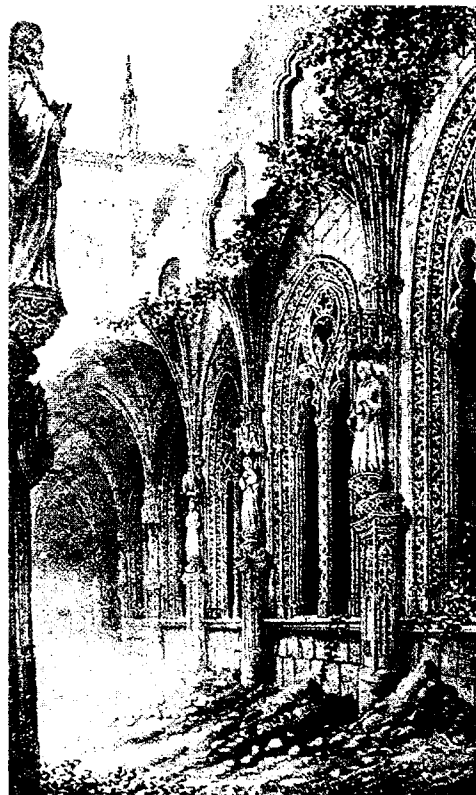
Quedan, sí, templos aislados, men- guados y afligidos tras la pérdida de su dimensión conventual (Pontevedra, Betanzos, Ávila); subsisten claustros huérfanos de iglesia en recintos militares, como el de San Francisco de Segovia, y conjuntos semicompletos como el de Morella, que vienen exigien-

do un gran esfuerzo restaurador. Mayor fortuna tuvo San Francisco de Palma de Mallorca, donde está enterrado Ramón Llull, si bien resulta difícil entender la organización conventual franciscana a partir de lo que resta actualmente, pese a conservar el excepcional claustro, en torno al cual desarrolla sus actividades un centro docente. Mas todo esto no es sino un pálido eco, poco menos que inexpresivo, de lo que representó la huella de la arquitectura franciscana en España.

Esta situación general hace que la visita a San Juan de los Reyes de Toledo produzca una emoción especial, además de pensar que inicialmente fue concebida su iglesia como panteón para los Reyes Católicos. Esta comprometida finalidad hizo que el arquitecto Juan Guas (hacia 1477) imaginara en Toledo una obra fuera de toda ponderación, de la que incluso conservamos un primer y detallado proyecto que se guarda celosamente en el Museo del Prado.

El convento toledano también sufrió los daños de la presencia de las tropas napoleónicas que llegaron a volar uno de sus dos claustros mayores y destruir parte del actual (1810). Después, como las demás órdenes religiosas, vivió la exclaustación, el destino civil del edificio (correccional y museo provincial) atisbando la posibilidad de su derribo, quizás para aumentar el número de parques y plazas dedicadas a San Francisco en nuestro país.

Muy probablemente, San Juan de



Ruinas de San Juan de los Reyes, según Cecilio Pizarro (izquierda) y Parcerisa (centro). A la derecha, aspecto actual del claustro.

los Reyes sería hoy un montón de ruinas de no haberse trasladado allí la parroquia de San Martín tras destruir su cercana iglesia y, sobre todo, de no haber mediado la voz del gran poeta Gustavo Adolfo Bécquer, que fue el primero en llamar la atención sobre aquel singular convento.

**E**l autor de las inmortales *Levyendas* llegó a publicar parcialmente *La historia de los templos de España* (1857), estudiada por José R. Arboleda, donde pretendía aunar la historia, el arte y la religión, en una línea estético-espiritual que entronca tanto con Chateaubriand como con los románticos españoles, al modo de Pífferrer o del citado Parcerisa.

El trabajo quedó incompleto y tuvo muchos problemas, pero Bécquer escribió unas páginas inolvidables sobre San Juan de los Reyes, cuya lectura resulta inexcusable para quienes creen que la obra de arte es algo más que mera erudición:

“Silenciosas ruinas de un prodigio del arte, restos imponentes de una generación olvidada, sombríos muros del santuario del Señor, heme aquí entre vosotros. Salud, compañeros de la meditación y la melancolía, sa-

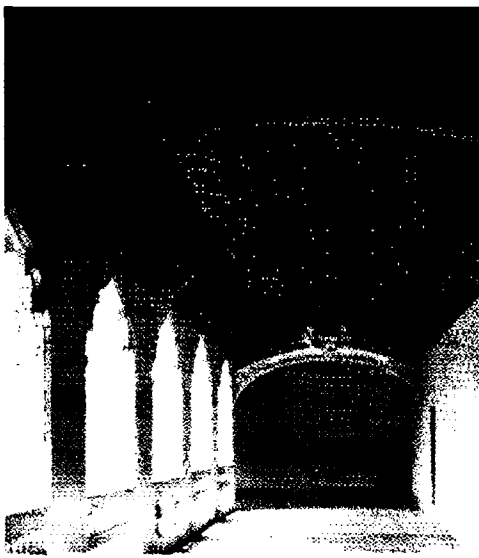
lud. Yo soy el poeta. El poeta, que no trae ni los pergaminos del historiador, ni el compás del arquitecto; que ignora aun el tecnicismo del uno, y apenas si, merced a las tradiciones que guarda en sus cantares, puede seguir al otro por entre las enmarañadas sendas de su abrumadora sabiduría. El poeta, que no viene a reducir vuestra majestad a líneas ni vuestros recuerdos a números, sino a pedirnos un rayo de inspiración y un instante de calma. Bañad mi frente en vuestra sombra apacible, prestadme una rama de vuestros sauces para colgar mi laúd,

haced que la melancolía que sueña en vuestro seno me envuelva entre sus alas transparentes, que yo, al partir, os pagaré esta hospitalidad con una lágrima y un canto...”

No cabe resumir aquí el sentimiento profundo que experimenta el poeta sevillano ante estas olvidadas ruinas, pero resulta conmovedor su diálogo con la arquitectura, donde muros y bóvedas van evocando la historia y vicisitudes del convento que él ve en estado de prostración: “Los años y la barbarie de los hombres han borrado de vuestra faz hasta los vestigios que hablaban de



Gárgola firmada y fechada por Arturo Mélida, 1888.

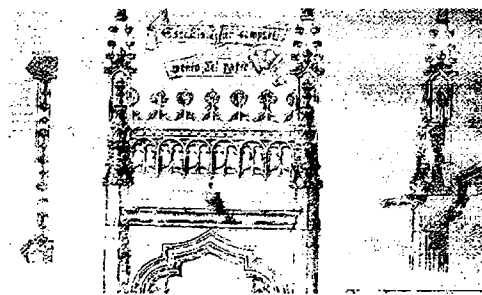
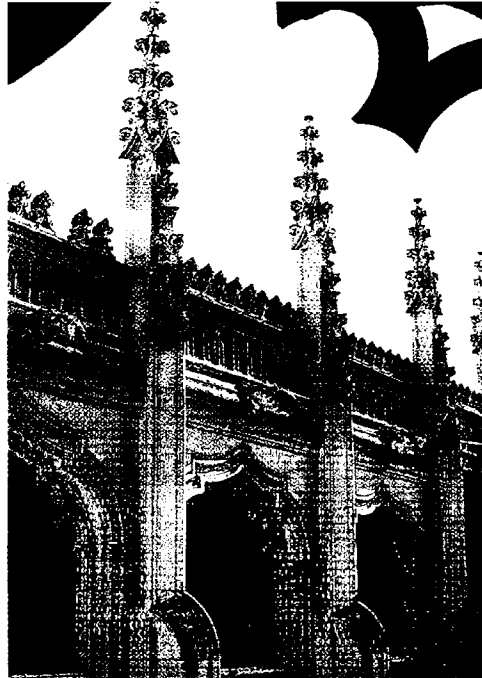
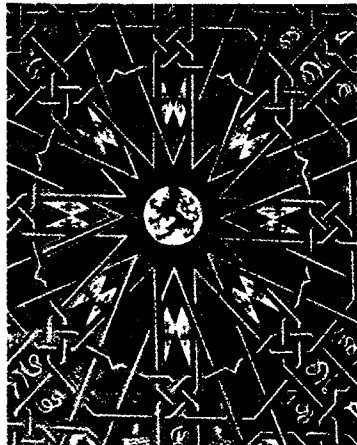


esos días de pompa y de júbilo. Sólo un poder existe capaz de devolvernos por un instante vuestro perdido esplendor y hermosura: el poder de la exaltada mente del poeta. Sí, yo puedo reanimaros...”

Sin embargo, más allá del voluntarismo poético y descriptivo de Bécquer, para reanimar el convento de San Juan de los Reyes hacían falta más que palabras, pues por los datos proporcionados por Sixto Ramón Parro el mismo año en que Bécquer publica su obra, el conjunto ofrecía un aspecto lamentable, del que sólo la iglesia expoliada y la parte del claustro conservada permitían atisbar la grandeza perdida:

**H**ubo al mediodía de estos claustros principales, otros grandiosos también y muy adornados de molduras de piedra y estuco, al gusto plateresco, según los pequeños residuos que han quedado de los arranques de algunos arcos y de uno de los ángulos que todavía presentan muestras de lo que fueron, estando desde la época del incendio reducido su extenso solar a un montón de escombros cubiertos de yerbas y verde silvestre: otro tanto sucede con varios otros patios que había y aún encierra su recinto, constituidos hoy en muldaderas, y los grandes salones que servían de refectorio y demás menesteres de la comunidad, especialmente la soberbia sala en que se tenían los capítulos generales y provinciales de la orden seráfica...”

Sobre esta zona hundida y perdida para siempre se levantaría la Escuela de Artes Industriales, uno de los edificios más interesantes



de nuestro siglo XIX, aunque le horrorizara a Gaya Nuño, debido a Arturo Mélida y Alinari, el restaurador de San Juan de los Reyes.

En efecto, la prosa romántica de Bécquer debió de pesar en el ánimo de la Comisión de Monumentos y de otras tantas gentes dispuestas a salvar aquello, si bien hubo que esperar hasta 1881 para que otro espíritu delicado, aunque ahora arquitecto y escultor, Arturo Mélida, le devolviera la dignidad perdida.

Este hombre, con una sensibilidad próxima a la de Bécquer y una resolución restauradora aprendida en Viollet-le-Duc, rehizo el claustro y completó partes inexistentes que hoy todavía pasan por obra medieval, pese a que

el autor de estas líneas ya advirtió hace tiempo, con poco éxito, sobre los límites entre la obra antigua y las nuevas adiciones. Todavía las guías serias de Toledo y los estudiosos graves siguen considerando como obra gó-



Cinco detalles del claustro de San Juan de los Reyes: dos detalles del artesanado (izquierda y abajo), nueva coronación (centro, arriba y abajo) y estado antes a la restauración llevada a cabo por Mélida en el siglo pasado, derecha.

tica y mudéjar lo que en realidad inventó y añadió Mélida hace poco más de cien años.

Este sostenido error deriva del modo natural con que el arquitecto injertó su sueño arquitectónico del siglo XIX en la obra del XV. No conozco en la historia de la restauración monumental en España otro proyecto que alcance el interés del que se hizo para San Juan de los Reyes, comenzando por la memoria misma que, en letra gótica y sobre pergamino, describe y dibuja la obra nueva. Es todo un reflejo de la actitud neomedieval de Mélida, del deseo de comprensión del monumento, del anhelo por conectar con la obra, incluso me atrevería a decir, del afán por incorporarse al taller de Juan Guas salvando el tiempo transcurrido, pues, además de exigir para sí la libertad que tuvo aquel maestro en el pasado, sostiene que no pudo pensar en una solución distinta a la que ahora se propone.

Mélida cubrió con bóveda nervada la que desapareció con la voladura de los franceses; modeló y esculpió la mayor parte de las figuras de santos del claustro bajo; colocó una armadura neomudéjar de bellísima hechura y ornato en el claustro alto; trazó unos arcos para atar el claustro que repiten las soluciones de Guas en el Palacio del Infantado de Guadalajara y, en fin, hizo nueva la coronación del claustro (crestera, pináculos, etc.), incluyendo todas las gárgolas, algunas de las cuales llevan la firma del arquitecto y la fecha.

Así, pasando del idealismo poético de Bécquer al realismo arquitectónico de Mélida, se salvó lo esencial de San Juan de los Reyes, que “en sus distintas cualidades de página histórica, de edificio monumental y de fuente de la poesía, goza del triple privilegio de hablar a la inteligencia que razona, al arte que estudia, al espíritu que crea”.